

ESA PARTE DEL VIAJE QUE SE LLAMA EL LLANURA



1 Territorio escénico.
Viaje al interior de la llanura

María Rosa Pfeiffer

Llegué al Llanura de la mano de Daniel Machado, después de haberme iniciado en el Teatro Taller con Julio Beltzer. Antes, una primera aproximación con Chiri Rodríguez, y antes del antes, la magia del Teatro de Muñecos con Coco Sahda.

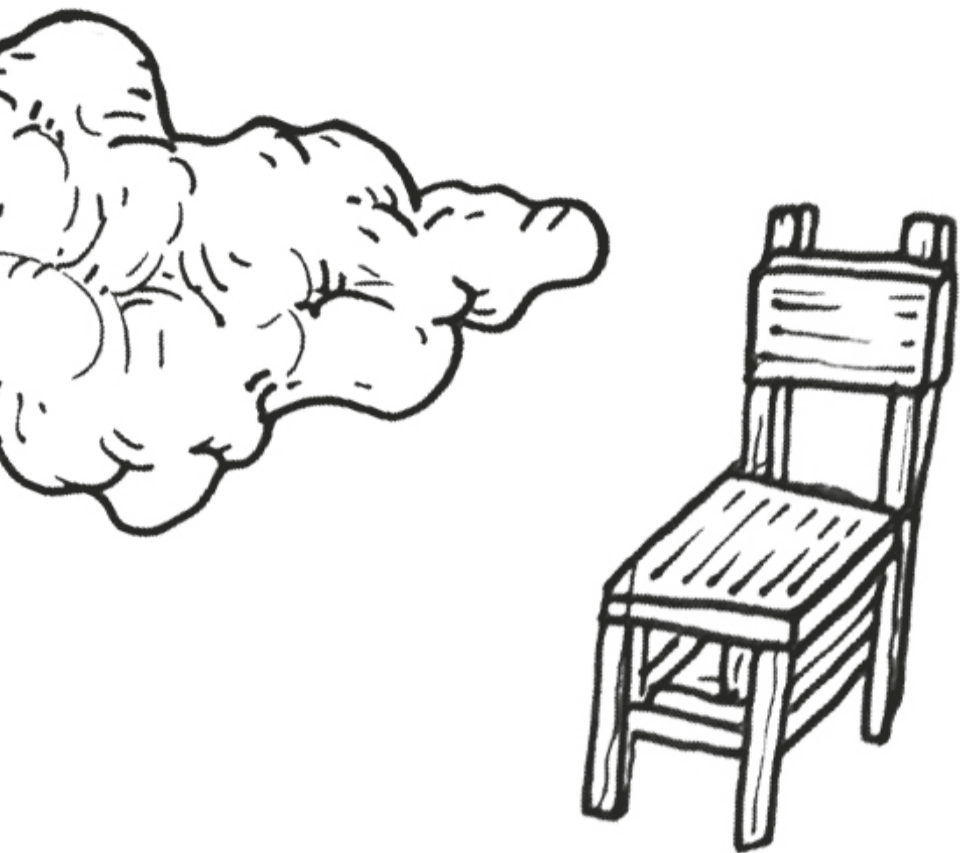
Zapatones fue mi bautismo de fuego como actriz. Mi primer personaje: muchachito tramoyista, partener de Pagliaccio, el viejo payaso.

Ensayábamos en la salita de arriba de la Marechal, con la dirección de Roberto Lemes. Pero mi maestro era Jorge. Y yo sentía que estaba jugando.

Creo que no tuve en ese momento la dimensión de lo que significaba un estreno ni ser parte del emblemático Teatro Llanura, porque había llegado de mi pueblo a estudiar a la ciudad con el recuerdo de la única representación teatral que había visto de niña: a los nueve años, mis padres me llevaron a la función de un circo ambulante que había recaído en un baldío, justo al lado de la casa de mi tío Eligio. Una compañía de radioteatro representaba para todo público *Juan Moreira*. Rescato del álbum de esas imágenes de infancia una luz trágica, el rojo intenso de los telones que se corrían y los cuerpos moviéndose de una forma diferente de la natural, los rostros y las voces agigantados, transformados, la sensación de que algo misterioso e intenso sucedía en ese lugar, aunque no alcanzaba a comprenderlo completamente.

Y ahí estaba, a mis 20 ilusionados años, estudiante de artes visuales, atrevida maquilladora de Pagliaccio, ese personaje entrañable.

Él despeinaba con facilidad los pocos cabellos de sus sienes con un pequeño peine negro de bolsillo y yo se los embardunaba, para envejecerlo, con la misma pasta blanca con la que pintaba su boca de payaso. Los ojos pequeños, achinados, siempre llorosos,



La clave consistía en dejarme llevar a ese espacio misterioso que se alejaba del realismo y abría para mi cabecita pueblerina mundos inconcebibles.

se agrandaban apenas con el delineador negro. Mientras tanto pasábamos letra, ahí abajo, en esa especie de sótano mágico y húmedo que era el camarín de la Marechal.

Mi primera foto y mi primera nota como actriz en el diario *El Litoral* fue a su lado, sosteniendo el programa de mano que yo misma había diseñado.

Me sentía importante. Y más aún cuando el crítico oficial habló maravillas de Ricci y dijo que yo “no le había ido a la zaga” (aunque Jorge tuvo que explicarme el significado de la expresión).

Jorge me llevaba apenas doce años, pero yo sentía que era muchísimo más grande, que hubiera podido ser mi padre.

Me subí por primera vez a un escenario de su mano, inconsciente y feliz, sin temores, con desparpajo y con la confianza que él me había transmitido.

Hicimos temporada en la Marechal y después salimos en su Citroën 3CV a recorrer ciudades y pueblos de Santa Fe y otras provincias. Yo iba sentada atrás, con Paulo chiquito durmiendo en mi falda, y María Delia haciendo de copiloto, mientras él cantaba algún tanguito. Con ellos aprendí de poetas y de locos. El teatro era un juego. Y ahí íbamos, viajando, acompañándolo en su sueño del Teatro Salvaje, el teatro de provincia, el del interior, el que se comprometía a no repetir los éxitos de la cartelera metropolitana, el que respiraba formas propias, horizonte abierto y caminos perdidos.

En cada pueblo, en cada ciudad, el público aplaudía de pie a ese payaso que hacía reír y llorar (como las caras del teatro), con un doble final. Y yo ahí al lado suyo, con mi traje rojo y la gorra escondiendo el pelo largo para que no me delatara, recibiendo la lluvia de aplausos, “el alimento del cómico”, como una bendición, o una condena,

Tanto para los ensayos como después, para las funciones, no hacíamos ejercicios de relajación ni estiramiento, ni concentración. La previa consistía en tomar el “cafecito” en el bar de enfrente, pasar letra y lanzarnos con la frase cábala de Jorge: “ Con fe y con confianza”, abrazados como un equipo de fútbol antes de entrar a la cancha.

Cada vez que le preguntaban qué era el teatro para él empezaba diciendo: “esa ciega pasión”. Durante tanto tiempo resonó esa frase en mi memoria. Y aún hoy, cuando quiero buscar las razones de mi vida en el teatro, recalco en ella, como si estuviera siempre en el fondo del pozo o en el horizonte más alto.

Durante esos dos años, Teatro Llanura fuimos solo Jorge y yo.

Después llegó *El jorobadito*, de Arlt, en versión de Rodolfo Aldasoro. Y el enorme privilegio de actuar junto al Flaco Rodríguez, quien hacía el inefable personaje de la Sra. X, madre de mi “Elsa”; Humberto Torres como el padre; Rubén Gattino, el ama de llaves; Daniel Machado, Erdosain; y el Rafa Bruza como el jorobado.

La clave consistía en dejarme llevar a ese espacio misterioso que se alejaba del realismo y abría para mi cabecita pueblerina mundos inconcebibles. Noches enteras devorando los cuentos y las novelas de Arlt para estar a la altura.

Nos encontrábamos tarde, después de las once de la noche. Me escapaba de la Escuela de Arte, quince minutos antes de que sonara el timbre final, y corría hasta el Teatro Municipal, arrastrada por el viento de mi entusiasmo inmenso. Ni siquiera el miedo que me invadió después de que me llevaran una noche por averiguación de antecedentes, por portar un apellido sospechoso, fue capaz de empañar mi ímpetu.

Tampoco fui consciente de la fuerza innovadora que tenía esa propuesta para la época. Desde la puesta en escena: un espacio-gruta construido con un gigante nylon negro, hasta la impronta de esos actores masculinos interpretando a mujeres sin travestirse. (Inolvidable el Flaco haciendo de mi madre con sus imponentes “mostacholis”).

Tanto para los ensayos como después, para las funciones, no hacíamos ejercicios de relajación ni estiramiento, ni concentración. La previa consistía en tomar el “cafecito” en

el bar de enfrente, pasar letra y lanzarnos con la frase cábala de Jorge: “Con fe y con confianza”, abrazados como un equipo de fútbol antes de entrar a la cancha. Y así transitábamos juntos, atentos, intuitivos, bajo su mirada rasgada, los nuevos mundos de ficción. Y todos aportábamos: la imagen para el programa, un sillón desvencijado, los vestuarios, los cubiertos que sonaban en la mesa familiar. El camisón que mi madre había usado en su noche de bodas fue el vestido de Elsa. Así construíamos, juntos, con los latidos del teatro independiente. Y yo sentía que las cosas más importantes, las más profundas, las indescifrables, sucedían ahí.

Llegamos al Teatro Goethe de Córdoba en plena época de la Guerra de Malvinas. Luego, como por arte de magia, fuimos parte de ese fenómeno histórico de Teatro Abierto. Veíamos obras todo el día, todos los días, de los grandes del teatro del país, de los grandes mezclados con las voces jóvenes, resistiendo, después de la quema del Teatro del Picadero.

Un año después, dos nuevos proyectos: *Verde y negro*, adaptación del cuento de Saer, escrita por Jorge, con las actuaciones de Silvana Montemurri y el Rafa Bruza. Y *Camara lenta*, de Pavlovsky, donde volvimos a encontrarnos en la escena con Jorge, él como manager del exboxeador que interpretaba Machado; yo, como la amiga marginal, esta vez con dirección de Bruza. Y seguía aprendiendo, sin saber cuánto.

En el año 84 Jorge adaptó y dirigió textos de Quino bajo el título *Si no fuera ridículo sería una tragedia*. Actuábamos el Rafa y yo. Con esa obra fuimos a un Encuentro de Teatro en Córdoba, el ENTI. Puro sabor a teatro independiente en su mayor esplendor, al menos para ese momento de mi vida. Y ahí, seducida por la idea del Primer Festival Latinoamericano de Teatro, festejando el regreso de la democracia, armé mis valijas y me fui.

Ese fue mi último paso por el Llanura.

Cuatro años estuve en Córdoba integrando el Teatro Independiente de Córdoba (TIC) y el Goethe, participé del Teatrzo, de los primeros festivales latinoamericanos, me atreví al teatro infantil y al teatro callejero.

Cuando volví de Córdoba actué en la flamante Comedia Universitaria que había creado Jorge y que dirigía Bruza, una puesta de *La casita de los viejos*, de Kartun. Reemplazo que preparé en un día o dos. “Vos podés salirle al toro”, me decía Jorge. Hicimos la función en un club de barrio, al aire libre, en junio. Él en camisetín y pantalón pijama veraniego, yo con blusita de seda de mangas cortas; la letra prendida con alfileres. Pero el temblor era por la emoción, no por el frío.

A instancias suyas hice mi primera experiencia de dirección con la Comedia Infantil Universitaria. Otra puerta más, otro empujón, otro salto de fe.



Después la vida me llevó por otros caminos. Empecé a dar talleres de teatro. Tomaba un colectivo en Santa Fe, me bajaba en Humboldt, dejaba a mi hija de dos años al cuidado de mi mamá, y me iba a Pilar a dar clases. Un par de años más tarde, también en Humboldt, un primer taller en la Biblioteca y luego armar el grupo, primero fue el Taller Comunal, pero al poco tiempo nos refundamos como Grupo Independiente, cuando nació el Instituto Nacional del Teatro, y fuimos El Grupo de los Diez. Nombre poco original, pero fue el consensuado por los diez que nos reunimos en torno a la mesa después de haber decidido el rumbo de la independencia. Pronto van a cumplirse 30 años de ese regreso y de esa fundación.

Volví a irme, esta vez a Buenos Aires, y fue el aprendizaje inconmensurable de la mano de Mauricio Kartun, de Gastón Breyer, de Patricia Zangaro, y el compartir una escritura frenética con Laura Coton, con Patricia Suárez, estrenar en el Cervantes, en el Teatro del Pueblo y en muchas salas queridas independientes, el Tadrón, Espacio Abierto, el Anfitrión, La Comedia. Pero seguía manteniendo mi grupo. Viajaba cada quince días y seguía aprendiendo, produciendo acá y allá, como si se me fuera a acabar la vida en un soplo.

Y aquí estoy de regreso en mi pueblo, viajando un poco menos, puesto que los viajes ya son más breves, más cortas las distancias, ya no tanto a Buenos Aires, mucho a Santa Fe.

“El futuro está fijo. Nosotros nos movemos en el espacio infinito”, escribió Rilke.

Le dije una vez a Jorge, en uno de los viajes en que lo acompañaba a dar clases en Gálvez, que era una de mis frases predilectas, y él la puso en una de sus obras, en *Sueños de juventud*. También en una de sus obras, en *El clásico binomio*, me parece, habla de Humboldt. Así, con el carácter de un guiño, de una pinceladita.

Creo en la fuerza del teatro independiente, de los grupos que se achican y se agrandan, como las familias, que están en un movimiento permanente, que se construyen y deconstruyen a fuerza de ilusiones y de labores. Y tanto tiene que ver con esto el Llanura, mi infancia teatral, lo que no se borra, lo que de alguna forma resurge siempre en lo que escribo, en lo que enseño, en lo que actúo, en lo que dirijo.

Creo profundamente en lo que los grupos son capaces de crear, en la fuerza infinita de los sueños.

Creo que el verdadero desafío pasa por encontrar una poética propia, teñida, en mi caso, de la gente que habita pueblos y pequeñas ciudades diseminados en la extensa llanura, con sentires tan distintos de la gente de las grandes capitales. Intento, al hacer y escribir teatro, moldear los sueños de la orilla en que me tocó vivir, la que vuelvo a elegir. Consciente de los límites. Con una ilimitada pasión.

María Rosa Pfeiffer

Dramaturga, directora, actriz, docente teatral, investigadora, artista plástica. Profesora Superior de Artes Visuales, postitulada en Teoría del Arte (Esc. Prov. Mantovani). Fundó grupos en Santa Fe, Humboldt y CABA. Dicta talleres en Argentina y el exterior.

Para citar este artículo:

Pfeiffer, M. R. (2022). Esa parte del viaje que se llama el Llanura. *la boya, revista de artes escénicas*, 1 (1). Universidad Nacional del Litoral.

DOI: 10.14409/lb.1.1.e0003